

NEW LEFT REVIEW 129

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2021

ARTÍCULOS

GÖRAN THERBORN	Desigualdad y democracia	7
MICHAEL DENNING	Todos legisladores	33
JAVIER MORENO ZACARÉS	¿Euforia del rentista?	51
NICK BURNS	La política de Pessoa	75
MARCUS VERHAGEN	Arte y tiempo	103
PERRY ANDERSON	Timpanaro en la angloesfera	115

CRÍTICA

SASKIA SCHÄFER	Revoluciones contrastadas	130
ERIKA BALSOM	Visiones radicales del cine	141
TONY WOOD	Problemas en Ecuador	150
JOY NEUMEYER	Enterrar al Homo Sovieticus	160

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



CRÍTICA

John Sidel, *Republicanism, Communism, Islam: Cosmopolitan Origins of Revolution in Southeast Asia*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 2021, 324 pp.

SASKIA SCHÄFER

REVOLUCIONES CONTRASTADAS

La designación estandarizada «Sudeste Asiático» –dos palabras, sin guiones y con mayúsculas– tiene su origen en la Guerra del Pacífico. Los Aliados dividieron el mundo en zonas de guerra. El South East Asia Command (SEAC) del comandante supremo Mountbatten comprendía la mayor parte de lo que había que arrebatar a Japón, siempre que no estuviera ya en el teatro de operaciones de China ni fuera una antigua posesión de Estados Unidos (además de incluir algunos territorios que ya no se hallaban habitualmente localizados en el Sudeste Asiático: Sri Lanka, las Islas Andaman, Nicobar y Laquedivas; la Isla de Navidad y las Maldivas). En 1945, Washington estableció el Department of Southeast Asia Affairs. Al año siguiente se creó asimismo el Department of Southeast Asian Affairs en la School of Oriental and African Studies (SOAS) de la Universidad de Londres, al que en 1947 se sumó otro departamento análogo en la Universidad de Yale. La difusión del término fue rápida y de gran alcance. Antes de la Segunda Guerra Mundial, los chinos se referían a la región con toda una variedad de términos y epítetos, aunque mayoritariamente la denominaban *Nanyang* –«Mar del Sur»–, pero hoy en día es más común el uso de 东南亚 –«Asia Orientalmeridional»– (en las denominaciones compuestas de una región las lenguas europeas anteponen el eje vertical norte-sur al horizontal este-oeste, mientras que en chino prima el eje este-oeste). Donde no se ha adoptado el término es en la propia región, cuyos habitantes rara vez se identifican como «asiáticos sudorientales».

Aunque los contornos exactos del Sudeste Asiático no se determinaron hasta después de la Segunda Guerra Mundial, la región en su conjunto comparte desde hace mucho tiempo ciertos rasgos generales. Es una parte del globo donde varias de las principales tradiciones religiosas se cruzan o se superponen: el catolicismo colinda con el islam en Filipinas; la esfera sánscrita subyace a la más reciente llegada del islam en el mundo de habla malaya; y el budismo rodea a las islas cristianas protestantes en Myanmar. Asimismo casi todos los grandes imperios coloniales occidentales dejaron notar su presencia en la región, ya fuera a través de misioneros, de compañías mercantiles privilegiadas o de ejércitos nacionales: los portugueses conquistaron Malaca en 1511 y abandonaron Macao en 1999; los españoles llegaron a Filipinas en 1565 y se fueron en 1897; los primeros barcos holandeses llegaron a Java en 1595 y el ejército de los Países Bajos se retiró de allí en 1949; los franceses adquirieron sus primeros enclaves en Cochinchina en 1862 y abandonaron Indochina en 1954; los ingleses iniciaron sus operaciones comerciales en Java en 1602 y abandonaron Hong Kong en 1997; los militares estadounidenses, en fin, llegaron a Filipinas en 1898 y cerraron la base de Subic Bay en 1991.

El Sudeste Asiático es también el hogar de una de las parejas más divergentes de la Guerra Fría: por un lado, Indonesia, donde se produjo la masacre y liquidación de la izquierda, la cual es hoy una minúscula formación que lucha por reconstruirse; y por otro, Vietnam, donde una organización comunista despachó sucesivamente a dos potencias coloniales y gobierna hasta el día de hoy. ¿Cómo entender el trasfondo de estos dos desenlaces? ¿Qué es lo que explica, más en general, las trayectorias revolucionarias registradas en el Sudeste Asiático? ¿Por qué algunas naciones fueron concebidas antes que otras? ¿Por qué la Revolución Filipina se materializó en una fecha tan temprana? ¿Por qué fue tan sólida la Revolución Vietnamita? Estas son algunas de las preguntas que animan *Republicanism, Communism, Islam: Cosmopolitan Origins of Revolution in Southeast Asia*, de John Sidel. En Occidente, la comparación entre los nacionalismos del Sudeste Asiático comenzó a efectuarse de manera rigurosa en la década de 1960. En 1966 George Kennan declaró innecesaria la Guerra de Vietnam librada por Estados Unidos tras realizar una minuciosa ponderación de la garantía anticomunista representada por la Indonesia de Suharto. En un plano más académico, Clifford Geertz sostuvo a principios de la década de 1960 que el Sudeste Asiático se dividía en dos grupos de países. Muchos de los países continentales, como Birmania, Vietnam y Tailandia, que basaban sus credos nacionalistas en un legado estrictamente identitario de supuesta antigüedad (la «burmaridad», la «vietnamidad», la «thaidad»), eran naciones «esencialistas». Por el contrario, muchos de los países del Sudeste Asiático insular, como Indonesia, Filipinas o Singapur, eran más propensos a las

construcciones «de época», que veían a sus naciones como construcciones autoconscientes resultado de luchas políticas o nacionales.

Aproximadamente cuarenta años después, Sidel desmontaba la dicotomía de Geertz en un ensayo pionero, «The Fate of Nationalism in the New States», publicado en 2012 en *Comparative Studies in Society and History*, donde argumentaba que la variable que impulsaba el funcionamiento de los nuevos Estados no eran sus dilemas en torno a la composición étnica, sino la naturaleza y el grado de su integración con el capital global. Desde el punto de vista ideológico, los países del Sudeste Asiático continental podrían ser clasificados como adscritos a *The Ethnic Origins of Nations*, de Anthony Smith, mientras que las naciones insulares de la región serían partidarias implícitas de *Imagined Communities*, de Benedict Anderson; sin embargo, más que las preferencias doctrinales de sus elites, fue la dimensión político-económica lo que determinó el tipo de yesca revolucionaria presente en el Sudeste Asiático. Uno de los mejores ejemplos de Sidel es en este sentido el del par Birmania/Myanmar e Indonesia. Tras la independencia, ambos países fueron gobernados por hombres que habían aprovechado las oportunidades políticas que se les presentaron bajo la dominación japonesa como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial; ambos llevaron a cabo la consabida colonización interna y desplegaron violentas campañas de pacificación en sus regiones periféricas; y ambos sufrieron golpes de Estado en la década de 1960, que dieron lugar a regímenes militares más exhaustivos. Geertz estaba en lo cierto cuando afirmaba que los estrechos vínculos de la junta militar de Myanmar con la etnia *bamar* suponían un obstáculo de cara a sus tentativas de construcción nacional, pero Sidel afirma que la divergencia más importante se produjo como consecuencia de la búsqueda incesante de la autarquía económica por parte de Rangún a diferencia de la apertura económica al capital extranjero preconizada por Suharto. Al fijar su atención en este tipo de diferencia, Sidel presenta una imagen mucho más completa de la constelación de los nacionalismos del Sudeste Asiático, conceptualizados no como partículas caprichosas que siguen rutas aleatorias, sino como contextos entrelazados, muy condicionados tanto por el capital global como por las exigencias de la Guerra Fría.

Sidel, autor de autorizados estudios sobre el caciquismo en Filipinas y la violencia religiosamente enmarcada en Indonesia, es un antiguo alumno de Anderson, a quien ha dedicado su nuevo libro. *Republicanism, Communism, Islam: Cosmopolitan Origins of Revolution in Southeast Asia* ofrece ahora un análisis de la movilización revolucionaria verificada en el Sudeste Asiático que pretende ampliar, y en cierta medida corregir, no a Geertz sino al propio Anderson. En él sostiene que Anderson, y en general los expertos en el Sudeste Asiático de la anterior generación, como es el caso de Alexander Woodside, desarrollaron una imagen del nacionalismo anticolonialista que

unas veces otorgaba demasiado peso a las elites y otras lo hacía a las bases populares, porque entre las elites anticoloniales y la juventud urbana de Anderson, por un lado, y los nacionalistas campesinos de Woodside, dotados de un exceso de «aguda conciencia histórica» y «orgullo cultural», por otro, subyacía un problema común: ¿cómo iba a ser posible la movilización de masas cuando, de entrada, el nacionalismo solo atraía a una pequeña brizna de la población colonial? ¿Cómo era posible que una figura de la elite clásica como Sukarno –él mismo– producto de una educación neerlandesa y de un puñado de ideologías modernas que se ofrecían en el Estado colonial tardío– pudiera hacer realidad la Indonesia que había imaginado, cuando muy pocos compartían su visión en la década de 1930, buena parte de la cual él y sus compañeros la pasaron en el exilio? ¿Cómo se las arreglaron los *ilustrados* educados de la elite filipina para entusiasmar a los campesinos de Luzón y Mindanao, que no leían sus periódicos y mucho menos sus novelas?

Para responder a estas preguntas, Sidel hace referencia a las infraestructuras y recursos de la época, pero no solo a los de signo revolucionario, sino también a los internacionalistas («cosmopolita» es un término que utiliza a menudo), así como a los procesos de *longue durée* que prepararon el terreno para la participación popular o la simpatía generalizada por los proyectos nacionales. A diferencia de lo que sucede en la obra de Mahmood Mamdani sobre África, Sidel evita poner en primer plano las «sendas de dependencia» legadas por el tipo de gobierno colonial tardío de la región (directo/centralizado frente a indirecto/descentralizado). Por el contrario, para él los principales determinantes históricos son las formaciones históricas de naturaleza más profunda (catolicismo, islam, confucionismo), así como los movimientos internacionales de más amplio espectro (comunismo, panislamismo). En la misma línea, Sidel trata de ir más allá de lo que él denomina la «escuela de Cambridge» de estudios sobre el Sudeste Asiático, que a la hora de explicar la génesis de los nacionalismos en la región ha insistido en la conectividad tecnológica, las ciudades portuarias y el comercio, a veces a expensas de la actividad revolucionaria más consciente. En este sentido, impulsa y desarrolla, en efecto, la agenda presente en la obra de Anderson *Java in a Time of Revolution* (1972) en la que las comparaciones entre las revoluciones indonesia y vietnamita son un tema recurrente de las notas a pie de página, así como, por supuesto, la preocupación por la *longue durée* constituye una cuestión central de *Imagined Communities* (1983), texto que se explaya sobre los efectos condicionantes del latín en Europa como lengua universalizadora, lo cual a la vez facilitó y fomentó las rebeliones contra su predominio. En *Under Three Flags* (2005), Anderson insiste en recalcar el alcance imaginativo del estrato formado por la elite de anticolonialistas cultos, como fueron Rizal y Martí a principios del siglo XX, que soñaban con formaciones políticas aún inexistentes. En este sentido, Sidel revisa el terreno histórico del primer Anderson con los instrumentos del Anderson posterior.

Siguiendo principalmente una secuencia cronológica, *Republicanism, Communism, Islam: Cosmopolitan Origins of Revolution in Southeast Asia* pasa de Filipinas a Indonesia y luego Vietnam. Si bien la conquista del archipiélago, al que los españoles dieron el nombre de su rey, no fue el primer punto de entrada del colonialismo europeo en el Sudeste Asiático (pues los portugueses ya se habían apoderado del floreciente puerto comercial de Malaca cuando Magallanes reclamó Cebú para la corona española en 1521), Filipinas fue el escenario de uno de los proyectos más ambiciosos y exhaustivos de todos los emprendidos por Occidente en la región. Sidel señala dos características fundamentales que distinguen la temprana dominación española de otras incursiones coloniales. En primer lugar, las islas fueron conquistadas en la cúspide relativa del poder imperial español durante un periodo que marcó el punto álgido tanto de la ortodoxia católica como de la confianza universalizadora, lo cual generó un esfuerzo vigoroso y a menudo violento para convertir a toda la población al cristianismo. Ya en el siglo XVI se construyeron escuelas e iglesias en lo más profundo de las zonas rurales filipinas, al tiempo que se intentaba arrancar de raíz, aunque sin demasiado éxito, las religiones y los cultos autóctonos. Por el contrario, el Imperio holandés nunca ambicionó convertir a la población de las Indias Orientales al protestantismo. En Indochina, el catolicismo se abrió paso con la penetración francesa (a mediados del siglo XVIII había trescientos mil católicos en el valle del río Rojo), pero la corte de la dinastía Nguyễn no adoptaría el cristianismo, a diferencia de las elites filipinas, que sí se convirtieron –al menos nominalmente– al catolicismo. La forma consolidada de la dominación colonial en Filipinas se ha descrito a menudo como «frailocracia», esto es, el gobierno de los frailes. En el siglo XIX, las cofradías y otras asociaciones católicas fueron utilizadas con fines revolucionarios a la manera de una red eléctrica que hubiera sido secuestrada por los rebeldes.

El segundo elemento que Sidel identifica como distintivo del gobierno español en Filipinas es que no estaba todavía tan preocupado por la raza como lo estarían otros sistemas europeos. A los comerciantes de habla china no solo se les permitía establecerse en la costa, sino que se les animaba a casarse con mujeres locales y a la descendencia resultante se le asignaba un estatus especial de «mestizos». Gracias a ello surgió en la colonia una clase «compradora», que era «prácticamente única en el Sudeste Asiático en términos tanto de su estatus legal como de su potencial político». A diferencia de la separación rigurosa entre chinos y población general que los neerlandeses intentaron imponer en las Indias Orientales, la clase chino-mestiza de Filipinas sería un componente significativo de la burguesía del siglo XIX, la cual produjo un buen número de radicales revolucionarios. A partir de la década de 1560, principalmente a través de la próspera industria de la reparación de galeones establecida en Manila y de sus comerciantes de habla

china, Filipinas, aunque tal vez no estuviera tan conectada globalmente como Malaca, se hallaba unida con los confines del Imperio español. Con el tiempo, el azúcar cubano, la seda china, la plata mexicana y los textiles indios pasarían por el puerto de Manila y más allá. También la educación asequible a la población local era muy superior a la que se ofrecía en otros lugares de la región. Ya en 1611 los dominicos fundaron en Manila la Universidad de Santo Tomás, que tal vez fuera un cubil de charlatanería escolástica, pero que precedió en más de dos siglos a las escuelas de medicina fundadas por franceses y holandeses. A finales del siglo XIX, Sidel cita la cifra de más de cuatrocientos mil niños escolarizados en Filipinas, mientras que en la década de 1920 en las escuelas primarias de las Indias Orientales holandesas contaba con menos de setenta mil alumnos. Sin embargo, por entonces el Imperio español era una potencia militar maltrecha y un páramo cultural. Cuando el gran novelista filipino José Rizal dejó Manila para estudiar en Europa, optó expresamente por establecerse en Alemania e Inglaterra y no disimuló sus sentimientos de superioridad frente a los escritores de la metrópoli.

El auge revolucionario de mediados del siglo XIX se apoyó en la red de asociaciones masónicas y católicas de las que se apoderaron fácilmente quienes veían una oportunidad en forzar el fin de la dominación española. Al igual que sucedió en América Latina, las fisuras políticas provocadas por las disputas entre liberales y clericales en España desplegaron sus efectos en la periferia. La llegada en 1869 de un gobernador español liberal, Carlos María de la Torre y Navacerrada, dispuesto a introducir una serie de reformas en las Filipinas, fue el desencadenante de una serie de acontecimientos en la sociedad filipina que Rizal dramatizaría en *Noli me tangere* (1887), con su elenco de frailes malvados, ingenuos liberales bienintencionados y rebeldes indígenas oprimidos. Para Sidel, el problema de los revolucionarios filipinos de la década de 1890 no era tanto su escaso número como sus cismas y su falta de cohesión. El *gobernadorcillo* masónico Emilio Aguinaldo era, como el propio Rizal, un ilustrado, un miembro cultivado de la clase mestiza, que quería acelerar la reforma liberal ante la restauración borbónica acaecida en Madrid en 1874. Pero otro grupo de rebeldes, reunidos en torno a Andrés Bonifacio —un cometa precoz que lideraba una «revolución dentro de la revolución»—, era partidario de una campaña más violenta para expulsar a los españoles, que ahora se habían vuelto más severos. La falta de unión de estas dos fuerzas limitó el impacto de la Revolución Filipina. La «temprana victoria del liberalismo en Filipinas no solo se produjo a expensas de los ideales republicanos más igualitarios de la Revolución Filipina, sino que creó formas de desigualdad e injusticia social sin parangón en el Sudeste Asiático». Los miembros del Movimiento de Propaganda, de inspiración liberal, partidarios de una reforma desde arriba, querían expulsar a los españoles, pero vacilaban ante la perspectiva de una insurrección popular a gran

escala contra ellos. Rizal, el «primer filipino», previó lo que podría ser el resultado de tal división. En *Noli me tangere*, el joven revolucionario Emilio recurre al protagonista de la novela, el ilustrado Crisóstomo Ibarra, cuya biografía se asemeja mucho a la del propio Rizal, en una secuencia que anticipa misteriosamente la realidad de los acontecimientos. Cuando Bonifacio envió un emisario a Rizal, deportado en el remoto pueblo de Ditan en la isla de Mindanao tras su regreso de España, este intentó convencer a Bonifacio y a los rebeldes de que sus acciones eran prematuras. El joven revolucionario rechazó el mensaje y en 1896 se inició una insurrección por la que Rizal –aunque nada tuvo que ver en ella– fue ejecutado. Al año siguiente, el colonialismo estadounidense, y no el nacionalismo filipino, puso fin a la dominación española, pero emprendió una despiadada guerra de exterminio contra aquellos que seguían luchando por la independencia.

La colonización neerlandesa de las Indias Orientales fue, en cambio, relativamente superficial. Emprendida inicialmente por una compañía mercantil privilegiada, la VOC [Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales], ávida de sacar provecho de una de las mayores redes de comercio mundial, no recurrió a una clase «compradora» local. Los comerciantes isleños, de habla *hokkien*, fueron disuadidos de asimilarse entre la población general, mientras los recursos educativos y religiosos neerlandeses nunca estuvieron ni de lejos a la altura de la labor española en las Filipinas. Como consecuencia de ello, las asociaciones islámicas y la educación islámica tuvieron un mayor margen de maniobra y se modernizaron en sus propios términos. Los anteriores relatos de la izquierda sobre la Revolución Indonesia situaban sus orígenes en los movimientos obreros y comunistas fundados por los trabajadores de Java, mientras que Anderson se centraba por el contrario en las energías revolucionarias de la Pemuda, compuesta por esa juventud urbana que fue la que más contribuyó a la actividad revolucionaria entre las décadas de 1920 y 1940. Sin descartar ninguna de estas fuerzas, Sidel hace hincapié en la «densa infraestructura de la educación y la vida asociativa islámicas», que creció en torno a organizaciones como Sarekat Islam, la cual en 1916 contaba con aproximadamente trecientos cincuenta mil miembros, concentrados entre los trabajadores de las nuevas ciudades industriales como Semarang y Surabaya situadas en Java Oriental. Sarekat Islam y las asociaciones afines, sostiene Sidel, fueron la red a través de la cual se hizo posible la organización anticolonial de masas.

La huelga ferroviaria de 1923, un enorme esfuerzo coordinado entre las organizaciones islámicas y el movimiento obrero, marcó el punto álgido de esta síntesis anticolonial. Pero la Komintern tardó en comprender la necesidad de que los comunistas trabajaran con organizaciones musulmanas. «Entonces, ¿no ves la importancia revolucionaria del panislamismo?», preguntó Stalin en tono burlón a M. N. Roy cuando ambos se reunieron

por primera vez en Moscú. Por el contrario, el revolucionario de Sumatra Tan Malaka defendió explícitamente la adhesión al panislamismo en el IV Congreso de la Komintern celebrado en 1922. Insistió a sus anfitriones en que las colonias neerlandesas no se ajustaban a ningún modelo típico de desarrollo histórico: en algunas partes de Java los sultanes vivían al lado de los trabajadores industriales, en escalas de tiempo históricas totalmente divergentes. Sería insensato, decía, renunciar a las alianzas con las organizaciones musulmanas que eran ya, en su orientación general, anticoloniales. Al igual que en el caso de Filipinas, Sidel señala el fracaso de la formación en Indonesia de un movimiento anticolonial conjunto para expulsar a los colonizadores. Los comunistas locales, en contra de los consejos de Tan Malaka, elevaron la presión con un levantamiento en Sumatra Occidental en 1927, que fue brutalmente aplastado por los holandeses. En el análisis de Sidel, Tan Malaka aparece como una figura trágica, que no fue lo suficientemente escuchada y Sukarno como un astuto superviviente que, en su panfleto de 1926, «Nacionalismo, islam y marxismo», promovió un programa de unidad anticolonial a gusto de todos los partidos. La salida de los holandeses puede atribuirse, en opinión de Sidel, a múltiples factores. En muchos lugares, localmente, la presión fue ejercida por los paramilitares musulmanes, anteriormente promovidos por los japoneses y ahora agrupados bajo el paraguas del partido islámico Masyumi, que era a su vez un producto de Sarekat Islam. A otra escala, Washington, satisfecho de que la incipiente república de Sjahrir y Sukarno fuera lo suficientemente anticomunista, no vio ninguna razón especial para que los holandeses se enfrascaran en una costosa guerra contra la insurgencia y amenazó con retener los fondos del Plan Marshall para asegurar su salida. Cuando en la década siguiente Sukarno a su vez se volvió inaceptable para Estados Unidos al flirtear con el Partido Comunista (PKI), Eisenhower intentó destituirlo mediante un golpe de Estado orquestado por la CIA que fracasó. Haría falta otra operación mejor preparada en 1965 para desalojarlo del poder y exterminar al PKI.

¿Qué es, entonces, lo que diferencia netamente a Vietnam? Para Sidel, el factor decisivo es su proximidad con China. El destino de los antiguos reinos y dinastías que luego se convertirían en Indochina y que durante siglos formaron parte de la esfera de influencia china, estaba estrechamente ligado a los acontecimientos acaecidos en el gran país vecino. Además, había ciertos aspectos ligados a la *longue durée*, que también diferenciaban a Indochina de las colonias neerlandesas y españolas. De entrada, la alta concentración de capital entre los empresarios franceses y los comerciantes de habla china limitó el desarrollo de una burguesía capitalista local vietnamita comparable a la clase mestiza de Filipinas, a los comerciantes de Java y a los arraigados comerciantes indígenas de Aceh, Sulawesi y Sumatra. En el siglo XX existieron agrupaciones y partidos nacionalistas vietnamitas, pero carecieron del

poder y el magnetismo del Kuomintang. Otra diferencia fue la rapidez con la que se inició una trayectoria radical en lo que más tarde sería Vietnam, después de que la reforma alfabética de 1910 separara a la nueva intelectualidad vietnamita de sus antepasados confucionistas, ya que leían escrituras y libros diferentes. De pronto, un gran escritor como Vũ Trọng Phụng —educado en una escuela primaria colonial y en las calles de Hanoi, que aludía de pasada a las epopeyas vietnamitas, pero cuyo marco de referencia era la ficción francesa clásica: Maupassant o Victor Hugo, por no hablar de Freud, Charlie Chaplin o incluso de artistas modernos como Proust— pudo convertirse en un verdadero maestro del reportaje escabroso y del absurdo (su obra estaría prohibida durante más de un cuarto de siglo en la República Democrática de Vietnam).

Al igual que el abortado motín de Cavite de 1872 en Filipinas, el movimiento Cần Vương de 1885-1889 registrado en Indochina fue un levantamiento temprano orquestado por las elites anticoloniales, que fue fácilmente rechazado por las autoridades francesas. Pero en las décadas de 1920 y 1930 surgieron una serie de formaciones comunistas de nuevo cuño a la sombra del comunismo chino en la frontera norte, que contaban no solo con el apoyo del Partido Comunista Chino, sino también del Kuomintang, que desconfiaba de los nacionalistas vietnamitas por haber buscado el apoyo de los japoneses en sus intentos de sabotear a los franceses de Vichy. De esta forma, Ho Chi Minh se benefició de un apoyo adicional y de un camino más limpio de obstáculos en comparación con sus homólogos activos en Filipinas o en las Indias Orientales neerlandesas. Tampoco había en Vietnam un gran núcleo moderado de trabajadores exigiendo el apaciguamiento, como era el caso del Sarekat Islam. Naturalmente, faltaba la ayuda estadounidense —Truman nunca respondió a la petición de apoyo de Ho—, pero era más fácil imaginar una nación en Vietnam, que había sido una unidad política menos de un siglo atrás, si bien muchos grupos que habían formado parte de ella no deseaban ocupar posición alguna en un futuro Vietnam. Además, no contento con prescindir de la autoridad vietnamita tradicional, Ho, que había tomado temporalmente el control del norte del país tras el colapso de Japón en 1945, cuyas fuerzas habían tomado el relevo de los franceses durante la Segunda Guerra Mundial, hizo que Bao Dai le entregara el Gran Sello imperial en Huế. Sin embargo, tal y como ha demostrado el geógrafo Christian Lentz, ello no significaba que los comunistas tuvieran una nación ya madura esperándoles. Las fuerzas *tai*, *hmong*, *khmu* y *dao*, que se combinaron para derrotar a los franceses en Điện Biên Phủ, ni siquiera hablaban en su mayoría vietnamita; el grueso de los combatientes no pensaba que estuviera luchando por la incorporación a un Estado comunista, sino por un mejor sistema de intercambio económico y de autodeterminación regional, creencia que los comunistas promovieron oficialmente y que ratificaron en su Política Étnica de 1953.

¿Hasta qué punto es persuasivo el cuadro general que plantea Sidel sobre los divergentes destinos revolucionarios del Sudeste Asiático? En términos de ambición comparativa y capacidad descriptiva, *Republicanism, Communism, Islam: Cosmopolitan Origins of Revolution in Southeast Asia* representa un gran logro. Se trata de una obra que no constituye simplemente una síntesis magistral de las investigaciones realizadas tras la obra de Benedict Anderson, sino que supone también un puente entre la sutileza del estilo del análisis de este último (aunque no se sumerja tan profundamente en los imaginarios nacionales expresados en la literatura y el arte) y algo similar a la perspectiva característica de la teoría de los sistemas-mundo sobre las vías de integración en las redes del capital global. Para Sidel, sin embargo, las perspectivas revolucionarias no dependían solo de la peculiar forma en la que los países de la región fueron arrastrados hacia las arterias del capitalismo mundial, sino también de los diferentes tipos de redes precapitalistas existentes en las que dichos países se hallaban inmersos y de cómo estas se relacionaron con él. En consecuencia, las energías revolucionarias que surgieron en el Sudeste Asiático fueron profundamente desiguales: si en Filipinas tuvieron un recorrido temprano, en Vietnam vivieron un final explosivo.

En su último capítulo, Sidel amplía su marco comparativo con sucintas descripciones de otros dos casos, Birmania y Malasia. En esta última, los comunistas se hallaban demasiado concentrados en la parte de la población que los británicos habían categorizado rigurosamente como minoría china, lo cual hacía mucho más difícil la radicalización del resto del país. Cuando los comunistas musulmanes de las Indias Orientales neerlandesas viajaban a territorio malayo en el periodo de entreguerras, solían reunirse con compañeros musulmanes y no con compañeros de origen chino. Las autoridades británicas eran también expertas en hacer frente a la amenaza comunista, no solo mediante la represión a manos de una contrainsurgencia despiadada, sino también mediante el desbaratamiento del movimiento en virtud de un mecanismo parlamentario en el que los partidos afines al Kuomintang, como la Asociación China de Malasia, se integraban en el Estado, al tiempo que se promovían con gran eficacia a agentes anticomunistas, como Tan Cheng Lock y luego a Lee Kuan Yew. En Birmania, fue la manipulación de las tribus cristianas de las colinas para enfrentarlas a la población *bamar*, mayoritariamente budista, lo que permitió a las autoridades coloniales abortar la creación de un Estado anticolonial, una situación que aún no se ha resuelto a día de hoy. Conviene no olvidar, sin embargo, que después de 1945 el hecho de que el país hubiera sido gobernado durante tanto tiempo por el Raj británico, pues Birmania solo se separó de Delhi en 1937, cinco años antes de que Japón la conquistara, también encerró al país en la órbita india, menos favorable a la revolución que la esfera china de la que sí se benefició Vietnam. Hoy, por supuesto, Myanmar mantiene una relación mucho más estrecha, aunque también más tensa, con China que con India.

Por último, ¿qué decir de la distinción susceptible de ser realizada entre cosmopolitismo y nacionalismo en el Sudeste Asiático? Lo que muestra el estudio de Sidel es que el nacionalismo en la región poseía típicamente una dimensión cosmopolita en el sentido de que incluso los nacionalistas más cerriles no promovían su proyecto nacional en el vacío: sabían que estaban ingresando en un orden mundial de Estados y que su éxito dependía de algún tipo de cooperación internacional con fuerzas globales más poderosas. En una reciente conferencia, Sidel ha sugerido que Anderson era menos proclive a subrayar la dimensión cosmopolita de la Revolución Indonesia, porque él escribía durante los años de la Guerra Fría recalentada por Reagan y procuraba no dar munición a unos neoconservadores que atacaban a los nacionalismos del Sudeste Asiático, tildándolos de tapadera de la infiltración comunista. Sin embargo, el propio trabajo de Sidel muestra que las mismas infraestructuras «cosmopolitas» que posibilitaron las revoluciones en la región también pudieron terminar obstaculizándolas. Véase, en este sentido, el papel que, después de su pacto con Estados Unidos, ha desempeñado la RPCh en Indochina: al final, el comunismo vietnamita tal vez haya salido beneficiado por tener menos oportunidades, no más, de compromiso. Entre las redes de solidaridad «anarquista» de Anderson existentes en la época de Rizal y Martí, por un lado, y las redes de solidaridad «cosmopolita» de Sidel en la época de Ho Chi-Minh y Tan Malaka, por otro, todavía pueden establecerse nuevas comparaciones originales.